

Denise León

# El saco de Douglas



Denise León

El saco de Douglas





## EL SACO DE DOUGLAS

*p o e m a s*

*Este libro obtuvo el segundo premio del Régimen de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industria Editorial año 2010.  
Jurados: Liliana García Carril, María del Carmen Colombo y Eduardo Mileo.*

Diseño: Adriana Yoel  
Ilustración de tapa:

Diseño: Adriana Yoel

© Denise León, 2011

De esta edición:

© Paradiso ediciones.

Fco. Acuña de Figueroa 786, (1180) Buenos Aires.

[www.paradisoediciones.com.ar](http://www.paradisoediciones.com.ar)

ISBN:

1a edición: 500 ejemplares.

Hecho el depósito que indica la ley 11.723.

Este libro se terminó de imprimir en el mes /////////////// de ///////////////,  
en Gráfica M.P.S. S.R.L., Buenos Aires, República Argentina.

*A mi madre, como siempre*

**Luisa**  
**1914**

*te ubican desnudo  
y te miran a los ojos.  
Si tienes los ojos sanos, todo va bien. Si no, te obligan  
a volver al lugar de donde vienes.  
Me parece que tengo los ojos sanos.*

**Sholem Aleihem**

lo vimos partir con las cabezas inclinadas para no sentir el viento. Nos quedamos ahí sentadas, sin llorar, sintiendo que faltaba desde siempre. Era verano y mi madre me dijo no te saques los zapatos. Se escapó de Esmirna en un barquito que era el último. Sin despedirse. Tomó el último y se vino. ¿Iba sin zapatos para bajarse mi padre escapado del ejército turco? Dijo mi madre que se los había jugado a las cartas en el barco de venida y que me tuvo en los brazos cuando nací y que no me soltaba por nada del mundo. Sus dedos largos de ceniza me muestran la foto envejecida de la boda. ¿Estás viendo? Este es él y esta soy yo. ¿Y los zapatos? ¿Y los labios unidos de la novia que parecen cuidar una promesa? La foto también cruzó el mar y se inclina como arrodillada en el estante y el gesto de cuando se sacaba las pulseras. Sus gestos de ceniza que no tocan la tierra. Sus dedos largos soltaron mis dedos: sólo me quedaron las promesas.

*(lo vimos partir con las kabezas echadas para no sentir el viento. Nos quedimos ahí asentadas, sin yorar, sintiendo ke faltaba desde siempre. Era enverano i mi madre disho no te quites los chapines. Se eskapó de Izmir en un vaporiko ke era l'ultimo. Sin despartirse. Topó l'ultimo i se vino. ¿Iba sin chapines para abajar mi padre, eskapado del ejército turko? Disho mi madre ke se los abía djugado a las kartas en el barko de venida i ke me tuvo en los brazos kuando nació i ke no me soltaba por nada del mundo. Sus dedos largos de ceniza me enseñan la stampa amofecida de la boda. ¿Estás viendo? Este es él i esta soy yo. ¿I los chapines? ¿I los labios apegados de la novia ke paresen kuardiar una promesa? La stampa también cruzó la mar i se inklina komo arrodiyada en el estante i el gesto de kuando se kitaba las puseras. Sus gestos de ceniza ke no tokan la tierra. Sus dedos largos soltaron mis dedos: sólo me kedaron las promesas.)*

voy a quedarme quieta para que nada se mueva. Yo, niña. Yo en mi casa sentada en la cocina. A través del humo que moja las ventanas se escuchan las campanas de las iglesias griegas. Voy hacia atrás para no saber lo que estoy tocando, para no saber que mi mano acaba en mis dedos, que mis dedos están muertos. Mi madre se me soltó de las manos como cuando se sacaba las pulseras. Tres meses dormimos juntas en el hospital en una camita de sillas. Tengo once años y voy hacia atrás. Veo el humo caliente de la cocina y me inunda el olor amarillo de las naranjas. La cáscara es dura y mi madre, sudada, corta los gajos con un cuchillito afilado. No son mis dedos. Me quedo quieta pero la cáscara se desprende, la piel se desprende y brilla en la olla mientras la cuchara la mueve. Esta va a ser comida para los pescados, dicen. Afuera, cantan diez hombres. Aquí, hay dos muertas.

*(voy a estarme kieta para ke nada se mueva. Yo chikitika. Yo en mi kaza asentada en la kozina. A través del umo ke moja las ventanas se escuchan las kampanas de las eklisias gregas. Voy acia atrás para no saber lo ke estoy tokando, para no saber ke mi mano acaba en mis dedos, ke mis dedos están muertos. Mi madre se me soltó de la mano komo kuando se kitaba las puseras. Tres meses dormimos yuntas nel ospital en una kamita de siyas. Tengo once anyos i voy acia atrás. Veo l'umo kaliente de la kozina i me inunda el guezmo amaryo de las narandjas. La kashkara es dura y mi madre, sudada, korta los gajos con un kuchiyito esmolado. No son mis dedos. Me kedo kieta pero la kashkara se desprende, la piel se desprende i briya en la oya mientras la kuchara la meneya. Esta va a ser komida para los pishkados, dizen. Afuera, kantan diez hombres. Aquí, hay dos muertas.)*

mi madre no llora ni protesta. Trabaja sin parar. La ausencia de mi padre es un punto lejano en sus ojos oscuros que se humedecen mientras lava. Es tarde y las sombras se extienden y nos rozan la sangre. Respiramos como los peces y no nos decimos nada. Estamos solas, las dos. Casi como si él no hubiera existido. Apenas nos queda un nombre y una carta sin remitente: vendé la casa y venite. Mi madre levanta su cara hasta mi frente y la tela húmeda roza mi piel afebrada. Siento el aroma áspero del jabón y el agua mientras juego a esconderme entre la ropa mojada. Mi padre no quería morir. Se fue huyendo mi padre, sin zapatos, huyendo del ejército turco que arrasaba con todo. Dijo vendé la casa y venite. ¿Adónde íbamos a ir nosotras? Mi madre dice mi nombre en vos baja. Ya es de noche y la ropa tendida gotea como si se fuera hundiendo, poco a poco, en la tierra.

*(mi madre no yora ni kafurea.. Lavora sin parar. La partida de mi padre es un punto leshano en sus oyos oscuros ke se umedecen mientras lava. Es tadre i la solombras se extienden i nos rozan la sangre. Respiramos komo los peshes i no mos dizimos nada. Estamos solikas, las dos. Kaje komo si él no hubiera egzistido. Apenas mos keda un nombre i una karta sin aderezo: vende la kasa i venite. Mi madre alevanta su kara asta mi frente i el lienzo arefreska mi piel kalenturienta. Siento el guezmo áspero del djabón i el agua mientras djuego a eshkonderme dentre la ropa moshada. Mi padre no kería morir. Se fue eshkapado, mi padre, sin chapines, fuyendo del ejército turko ke arrasaba kon todo. Disho vende la kaza i venite. ¿Adónde mos ibamos a venir mozotras? Mi madre dize mi nombre kon boz keda. Ya es la noche i la ropa tendida gotea komo si se fuera undiendo abagar en la tierra.)*



yo acato las leyes secretas de los muertos. Voy a encontrarlo. Voy a encontrarlo. Voy a encontrarlo. Miro hacia la pared y las sombras se agigantan como dedos. Era verano. Trabajo sin parar. Era verano y mi madre me dijo no te quites los zapatos. Hasta las alfilercitas son viudas en esta sombrerería y acatan las leyes secretas de los muertos. Voy a encontrarlo. Cada una de las partes iguales en las que se divide el día se me aprieta el corazón mientras las tijeras murmuran como si estuvieran rezando. Adelante. Atrás. Los dedos siguen al hilo. El hilo sigue los dedos. Los dedos siguen los ojos. Los ojos acatan las leyes secretas de los muertos. Este es mi precio. Voy a encontrarlo. Desde que el gallo ha cantado mi carne y mis huesos son piedra: la hora de la partida se esconde en mis labios – mansos – como perras.

*(yo kumplo las leyes sekretas de los muertos. Voy a toparlo. Voy a toparlo. Voy a toparlo. Miro al muro i las solombras se agigantan komo dedos. Era enverano. Lavoro sin parar. Era enverano y mi madre me disho no te kites los chapines. Hasta las alfilercikias son biudas en esta sombrerería i kumplen las leyes sekretas de los muertos. Voy a toparlo. Kada una de las partes iguales en las que se divide el día el korazón me se apreta mientras las tijeras marmullan komo si estuvieran meldando. Adelante. Atrás. Los dedos siguen al filo. El filo sigue los dedos. Los dedos siguen los oyos. Los oyos kumplen las leyes sekretas de los muertos. Este es mi precio. Voy a toparlo. Dende ke el gayo a kantado mi karne i mi gueso son piedra: la hora de la partensia se eskuende en mis labios – mansos – como perras.)*

escucha, Israel. Yo hablo una lengua muerta. Afuera es domingo y no se trabaja. Temprano, las mujeres hunden las manos en el aceite de toda la noche y toman la masa. Escucha, Israel. Yo no escribo de izquierda a derecha. Yo escribo de derecha a izquierda. La lengua se me pega a la garganta cada vez que me despierto en una cama que no es mi cama, en una habitación que no es la mía, en una casa que no es mi casa. ¿No escucha Dios a los muertos? Escucha, Israel. Yo no agradezco a Dios por no haberme hecho esclava, por no haberme hecho no judía, por no haberme hecho mujer. Mi madre levanta los brazos para quitar la ropa tendida al sol y yo voy detrás de su pollera. Hijita sin padre me gritan los hijos de los griegos. Escucha, Israel. Todo se acabará conmigo. Afuera es domingo y las palabras son lentas.

*(shemá Israel. Yo ablo una lingua muerta. Afuera es domingo i no se lavora. Tempraniko, tempraniko las mueres meten las manos en el azeyte de toda la noche i toman la masa. Shemá Israel. Yo no eskribo de izquierda a derecha. Yo eskribo de derecha a izquierda. La lingua me se pega al garguero kada vez ke me alevanto en un kavesal ke no es mi kavesal, en una kamareta ke no es la mía, en una kaza ke no es mi kaza. ¿No escucha el Dió a los muertos? Shemá Israel. Yo no agradeshko al Dió por no averme echo esclava, por no averme echo no djudia, por no averme echo muyer. Mi madre alevanta los brazos para kitar la ropa tendida en el sol i yo voy detrás de su vistido. Ijika sin padre me gritan los chuyucos de los gregos. Shéma Israel. Todo se acabará conmigo. Afuera es domingo i las palavras son lentas.)*

con una piedrita escribo ojalá fuera de mañana. Una vez que se la llevaron, todo se hizo añicos. Me subí en un banquito y me quedé con todo el cuerpo en el aire. Y el aire era dulce como el almíbar de los piñonates. Levanté los brazos como para quitar la ropa que se balanceaba en el calor del sol. Me agarraron de los talones desnudos y juntaron mis partecitas en una sábana. De los talones desnudos me agarraron, de los pies sin zapatos, escapados, como los de mi padre. Ya terminó la guerra, le preguntaba a mi madre. ¿Ya terminó? ¿O seguiré mi padre escapando descalzo del ejército turco? Cada sombrero que hago es para irme. Elí, el muchacho que viene a verme todos los sábados después de los baños en el mar, no lo entiende: yo soy un fantasma. Le muestro los talones heridos de mis pies y le cuento que voy a irme a la América porque le prometí a mi madre vengarme de él porque no es justo todo lo que nos hizo. Y me dice nos vamos juntos. ¿Qué? ¿Juntos? Sola me voy a ir. Buen viaje, me dice. Buena suerte no te deseo.

*(kon una piedresika escribo ojalá fuera la manyana. Una vez ke se la yevaron, todo se hizo kimi muraná. Me subí en un bankito i kedí kon todo el kuerpo al ayre. I el ayre era dulce komo el syrop del pinyonate. Levantí los brazos komo para kitar la ropa ke se balanceaba en la kayentor del sol. Me agarraron de los talones desnudos de los pieses i juntaron mis partesikas en una sábana. De los talones desnudos me agarraron, de los pieses sin chapines, eshkapados, komo los de mi padre. Ya terminó la guerra, le demandaba a mi madre. ¿Ya terminó? ¿O seguiré mi padre eshkapando descalzo del ejército turco? Kada chapeo que hago es para fuyirme. Elí, el muchacho, ke viene a verme todos los sábados después de los banios en la mar, no lo entiende: yo soy un*

*fantasma. Le enseñó los talones eridos de mis pieses i le cuento ke voy a irme a la América por ke le prometí a mi madre vengarme de él por ke no es djusto todo lo ke mos izo. Dice ¿yuntos? ¿ke? ¿Ke yuntos? Sola me va a ir. Buen viaje, me dize. Buen mazal no te deseo.)*

tengo fiebre. La muerte es rápida con los muertos pero con los vivos es lenta. Apenas nos queda el futuro: un puñado de oro. Cada mañana pienso por fin se ha terminado. Pero la fiebre vuelve y mi padre sigue escapando y yo sigo sentada en mi niñez mirando el rodete oscuro de mi madre. Era verano y el tiempo se detuvo. Se hundió, dormido, en los murmullos del agua. En los murmullos del barco que era el último. Alcanzó el último y se vino. Adónde está, de dónde viene esta carta marchita, adónde nos íbamos a venir. Me ponen en la frente trapitos con agua fría. La maestra dice antes de un año no te pagan nada y tienes que aprender. A los dos años ya te prestan un molde y trabajas para afuera. Para las mujeres ricas. Collares, joyas, aros y cadenas. Un solo sombrero y comes un mes. Digo sí, cómo no. La fiebre no pasa y me dan quinina. Las cintas de los sombreros parecen alas. Sólo los talones heridos de mis pies me recuerdan que soy un fantasma.

*(tengo fiebre. La muerte es rápida kon los muertos pero kon los vivos es lenta. Apenas mos keda el futur: un puñadiko de oro. Kada manyana pienso entre mí: por fin se a terminado. Pero la fiebre vuelve i mi padre sigue eshkapando i yo sigo asentada en mi chikez mirando el shinyon preto de mi madre. Era enverano i el tiempo se detuvo. Se undió, durmido, en los marmullos del agua. En los marmullos del vaporiko ke era l' ultimo. Topo l' último i se vino. Adónde está, de dónde viene esta karta amurchada, adónde mos ibamos a venir. Me asientan en la frente trapikos kon agua fría. La maestra dize antes de un año no se paga nada i tienes ke aprender. A los dos años, te emprestan un molde i lavoras para afuera. Para las adineradas. Yardanes, joyas, orejales i cadenas. Un chapeo solo i komes un mes. Digo sí, komo no. La fiebre no pasa i me dan kinina. Las sintas de los chapeos parecen alas. Sólo los talones eridos de mis pieses me arrecodran que soy un fantasma.)*

yo, llorando. Estoy sentada sobre un olor a cosa mojada. Sentada sobre una laguna de sangre que salpica y golpea. En el patio cuelgan las sombras húmedas de las sábanas. No te preocupes, hijita, voy a lavarlos. Le alcanzo a mi madre los broches de madera y ella tensa la tela para que no queden marcas. Así, del lado de adentro. Me paso las manos mojadas por las piernas. Esta debió haber sido varón, no mujer. En la mitad del camino se le quedó el pito. No salió, dicen. Porque yo era inteligente. Ocho días estuve viajando con dos putas que venían de París. Se lavaban adelante y se iban a buscar hombres. Voy a quedarme quieta para que nada se mueva. Le alcanzo alfileres a la jefa para hacer los sombreros. En una bolsa así, de linón blanco pusieron caramelos. Ponete Cambiate. Cuando estés así no te metas al mar y no uses la toalla de todos. Estoy sentada sobre una laguna de sangre que salpica y golpea. Si la vavá tuviera cucú sería papú, cantan los chicos en las calles.

*(yo, yorando. Estoy asentada sobre un guezmo a koza moshada. Asentada sobre una laguna de sangre ke salpika i golpea. En el patio kuelgan las solombras umedas de las sabanas. Tú no te estreches, iyika, yo va a lavartelos. Le alcanzo a mi madre las pinzas de madera i ella tira la tela para ke no kede marka. Ansina, del lado de dentro. Me paso las manos moshadas por las piernas. Esta debió aber sido varón, no mujer. En la mitad del kamino se le kedó el pito. No salió, dizen. Por ke yo era enteligente. Ocho días estuve viajando con dos uruz puz ke venían de París. Se lavaban endelante y se iban a buscar ombres. Voy a kedarme kieta para ke nada se mueva. Le alcanzo alfirlercikas a la jefa para acer los chapeos. En una bolsa así, de linón blanco pusieron los caramelos. Poneté. Cambiaté. Kuando estés así no te metas a la mar i no uses la tualla de todos. Estoy asentada sobre una laguna de sangre kee salpika i golpea. Si la vavá tuviera cucú sería papú, kantan los chuyucos en las kayes).*

si mi padre está muerto, echaré un puñado de tierra del jardín de nuestra casa sobre su tumba. Era verano y nos quedamos ahí sentadas con las cabezas inclinadas para no sentir el viento. Nos quedamos solas. Las dos. Mirando la manera en que no volvería. Sentadas entre la ropa mojada y el aroma áspero del agua y el jabón. La ausencia se ha llevado casi todo ¿hará polvo la muerte sus talones desnudos, sus pies sin zapatos, escapados, como los míos? Con una piedrita escribo: ojalá fuera la mañana. Voy a encontrarlo para que cuando me muera el rabino pregunte el nombre de mi padre y alguien, llorando, diga: Luisa, hija de León.

Klara  
1939

*(si mi padre está en bedajem, echaré un puñadiko de tierra del jardín de nuestra casa sobre su tumba. Era enverano y nos kedimos ahí asentadas kon las cabezas echadas para no sentir el viento. Solas mos kedimos. Las dos. Mirando la manera en ke no volvería. Asentadas entre la ropa moshada i el guezmo aspero del agua y el djabón. La partensia se a llevado kaje todo ¿Ará polvo la muerte sus talones deshnudos, sus pieses sin chapines, eshkapados, komo los míos? Kon una piedrecika eskribo: ojalá fuera la manyana. Voy a toparlo para ke kuando me muera el baham demande el nombre de mi padre y alguno, yorando, diga: Luisa ben León.)*

*una sola cosa me estaba precisamente prohibida:  
nacer en el país de mis ancestros.*

George Perec

entonces mi madre escribe: por desgracia vivimos todavía.

la inmensidad de Dios está en los detalles: la vigilia huele a sopa en la garganta. Anoche soñé con un río espeso debajo de las sábanas, debajo de la camisa, debajo de la piel. Un río espeso e inútil que se agitaba en la memoria como una inmensa puerta sin puertas. Quise decirle a mi madre que había soñado que sacaba un pasaje a la ciudad que atraviesa ese río pero *no es fácil hablarle de sueños a mi madre*.

gente en el andén. Subir la ventanilla. Poner el seguro. Verificar que la valija esté cerrada con llave. Gente sin prisa. Gente apurada. Paquetes. Perros: son los únicos animales visibles. No se ven pájaros ni tampoco se los escucha. Aquel río del sueño, paciente e inútil, está en la memoria como un pájaro vivo golpeándose contra los vidrios de una habitación.

<sup>i</sup> La línea parafrasea un verso del Paulina Vinderman: “Anoche soñé-quiero decirle-que sacaba un/ pasaje para Bulgaria./ Pero es difícil hablar de sueños a un hombre como mi padre”.

una habitación es una pieza en la que hay una cama; un comedor es una pieza en la que hay una mesa y sillas y, casi seguro, un aparador; una cocina es una pieza en la que hay fuego y agua; una habitación de niños es una pieza donde hay niños y así: una casa son muchas habitaciones donde vive una familia. Pero cuando no hay suerte, no hay. Mi madre tenía sólo veinticinco años cuando escribió por desgracia vivimos todavía.

cierro los ojos mientras la estación se anima, se puebla, se llena. Es agosto y todos esperan el tren. Un tren largo de mercancías arrastrado por una locomotora a vapor. Un tren que fluye espeso entre el paisaje como el río de mi sueño. Un tren de corcho donde hombres huesudos y tristes se despiden de mujeres y niños huesudos y tristes. Un tren de barro que se rompe en un hilo de humo: la vida que se detiene o puede detenerse en cualquier momento.



había vacas en los prados y leñadores en los bosques. Había un cartero que subía penosamente con su bicicleta por un camino lleno de curvas. Había mujeres que le daban de comer a las gallinas y un cura ucraniano que tenía tres hijas de mi edad y que me enseñó a nadar. Había visillos en las ventanas y cola en la panadería. Y el olor del pan, invisible y anónimo, se agita en la memoria como un pájaro vivo, debajo de la piel, debajo de la ropa, debajo de las sábanas.

otra vez la casa. Mis recuerdos se aferran a la estrechez de la habitación, de la cama compartida, del té demasiado fuerte y demasiado frío. Y el alambre. Cuatro vueltas de alambre y los chicos que no se acercaban a la frontera. Su rostro. Sus ojos negros que tenían una inquietud de cuchillo y que se abrían llenos de lodo y herrumbre como flores pobres y negras. La sombra alada de sus dedos y sus cayos. Otra vez su rostro y sus manos que escriben por desgracia vivimos todavía.

una ciudad echada al lado de un río espeso e inútil como un perro. El tiempo pasa, nada más. La hierba crece bajo la red de calles y el embrollo de las cloacas. Por debajo, justo por debajo. Brilla un poco el sol y es como una máquina paciente que hace madurar y pudrir el azúcar de las frutas. Una ciudad espesa y real, con dientes y anuncios horribles de tintorerías en las esquinas. Una ciudad de tenderos y comerciantes que te va curvando los huesos. Por debajo, justo por debajo. Como una espada.

tres chicos corriendo por un camino blanco. No. Tres chicos corriendo por un camino empedrado. Lo que vive incomoda al silencio, al sueño, al cuerpo en reposo. La ciudad despliega sus batallones de secretas e íntimas hormigas. Se puede ir siempre al mismo carnicero, abrir una cuenta en la farmacia y llamar a la dueña por su nombre, se puede tener un gato y apretar la mano del quiosquero, pero por mucho que se haga, nada de esto constituye una vida.

es verano y se acumula la luz. Estancada y lisa, se arrastra y hace la vida sucia e irrespirable. En su inercia redonda se posan las moscas. Dentro de la catedral un santo reposa sobre un estrado que tiene tres escalones. El santo está descalzo y tiene puesto un hábito blanco. Sus dedos se deslizan entre las hojas de un libro aunque sus ojos están lejos, mirando hacia arriba. En las ventanas altas y estrechas de la catedral aparecen algunos pájaros. Debajo del estrado que sostiene al santo hay una inscripción borroneada y oscura. Me inclino y leo: por desgracia vivimos todavía.

*Tú construye un arca que yo te mandaré un diluvio<sup>ii</sup>.*

<sup>ii</sup> Se trata de un verso de Chus Pato incluido en el poema "Así la voz".

cuando se abre la puerta, la cama está a la izquierda. Es una cama estrecha y la habitación también es estrecha. En la prolongación de la cama hay un placard. Al fondo, una ventana por la que se ve el río estancado, cargando su pobre fecundidad. Ni pasillos, ni jardines, ni campos. Sólo el río es real. Grávido de tierra negra para el pie o la mano que se zambullen; se derrama irrespirable y mezquino como un vertedero sobre la mesa donde aguardan la jarra y la palangana.

del mismo modo que una herida arroja su propia luz fluyen las imágenes, gota a gota, trabajando aún su hiel después de cortadas. Nada saben de la lluvia, larga y descuidada, debajo del limonero; de los pies de los ángeles que sólo miran dónde pisar y no necesitan tocar la piedra, de la respiración leve de la felicidad. Saben de la sangre congelándose en los dedos que se agitan como una violeta de piedra, del camino errado contra un cielo blanco que huele a escarcha y a sopa caliente.

soñé que dormíamos otra vez en la casa. Había una escalera que llevaba a la habitación. En la habitación había una mesa. Sobre la mesa había una jaula. Las luces estaban apagadas y hacíamos lo posible para no tropezar con los barrotes.

en la calle Entre Ríos veo a dos ciegos. Van agarrados del brazo y llevan bastones blancos. Uno de los dos es una mujer mayor, el otro es un hombre muy joven. La mujer va rozando con el bastón todos los obstáculos que aparecen en la vereda, y guiando el bastón del joven, se los hace tocar de la misma manera, sin equivocarse nunca: una farola, un buzón, la parada del tranvía. Parecen dos cisnes con las plumas rotas que tiemblan y hablan un lenguaje de hojas debajo de las alas.

sube el veneno desde el río espeso e inútil al corazón. Allí se estanca en ondas suaves, manso, como un perro. Éramos tres familias judías. El veneno es un río espeso y palpitante que bate las alas. Mi madre escribe por desgracia vivimos todavía. No nos salvamos porque lo merecemos. Nos salvamos porque somos amados. A veces no nos salvamos. El veneno es un río de polvo en la lengua. Un río vivo debajo de las sábanas, debajo de la camisa, debajo de la piel. Un río como un hueso solo, roído hasta lo que no tiene.

**Alegre**  
**1971**

*ser emigrante era tal vez precisamente eso:  
ver una espada allí donde el escultor creyó, con  
total buena fe, poner una antorcha  
y no haberse equivocado por completo.*

**George Perec,**

es verano y las naranjas maduras caen sobre las calles empedradas. El Chocho juega en el balcón y los caballos relinchan y golpean el suelo duro con sus cascos relucientes. La tarde amarilla está en la ciudad como los caballos que sacuden en el aire sus largas crines azules. El Chocho se inclina a tocarles los ojos y los caballos, impacientes, cierran la curva del horizonte.



*Estoy lavando de espaldas al sol*<sup>iii</sup>. El Chocho apila las maderas de colores hasta formar una torre alta que se balancea. Estoy lavando de espaldas al sol y el Chocho se queda mirando la torre pero no la tira. Tirala le digo y la tristeza es algo que casi se puede tocar si se extienden los dedos.

le pongo la cuchara en los labios y la empujo suavemente hasta oír la chocar con sus dientes. No quiere comer. Algo intuye. Hago girar la cuchara con furia sobre el plato mientras el Chocho se tapa la cara con la servilleta y juega a que no está.

<sup>iii</sup> Se trata de un verso de Irene Gruss incluido en los “Poemas en casa”.

tengo que luchar para que meta los brazos en las mangas. Apenas le pongo las medias se las saca y se las mete en la boca hasta convertirlas en una pasta húmeda y blanca. Lo atrapo en el pasillo, absorto, los ojos muy abiertos frente al espejo lleno de manchas y de suciedad.

la noche está vacía como el hueco de la mano que pide. Escucho cascos marciales sobre la ciudad en ruinas. Cierro los ojos con fuerza de epitafio. De todos modos, siempre se muere dos veces: primero en el nombre y después en la carne. El Chocho duerme sobre una hoja y su cuello húmedo estalla en las sombras, pálido.

son variados los modos en los que una cosa está en otra. Una mujer que cuida a un chico no está en el chico del mismo modo que un pájaro está en un árbol. No de la misma manera que el susto está en el pájaro que huye y en el borde de la sombra, la naranja. La mujer está en el chico como un árbol sin voz, como un árbol sin pájaro, como un pájaro que deja su huella en el aire.

apenas sale el sol, se despierta y lo visto. Las cosas vuelven a existir, irrespirables y súbitas. Hago un recuento de mis tristes tesoros mientras el Chocho se arrastra debajo de la mesa y chilla. El espacio entre la piel y la cáscara de sangre es una frontera. Un límite frágil de transformación. El cuerpo trabaja silenciosamente. Las cicatrices pican.

las sombras devoran lo que ha quedado sobre la mesa.

parada frente a esta ventana seca pienso que Dios no regresará hasta el verano. La vejez es una forma de locura. Las paredes están frías y sólo quedan las plazas y los vientos con los mismos chicos embarrados de mi infancia. A través de las hebras descoloridas y de la piel delgada puedo ver cómo se mueven los huesos del Chocho mientras mastica. El puñado de venas, casi transparente. No se trata de apiadarse, sino de comprender.

llega un tiempo en que ya no se dice Dios mío. Es un robo o no lo es. No es una traición, o sí. No es perjurio ni crimen. No puede matar o sí. Resulta inútil. Y los ojos no lloran. Y las manos hacen el trabajo cotidiano. Y el corazón está seco. Y el mundo no pesa más que la mano de un chico sobre los hombros.

## *Índice*

Luisa, 11  
1914

Klara, 25  
1939

Alegre, 45  
1971

